ESCRITORES CASTELLANOS

62

CATALINA

LA MUJER

6
3781
<62>

Biblioteca Nacional de España

LA MUJER

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO.

Este libro, ¿es una apología de la mujer, ó un libelo contra el sexo femenino?

Las infelices mujeres, seducidas por la magia de estilo de este escritor, como Eva por la serpiente, leen este libro con una credulidad inmensa, que hace mucho más honor á su corazón que á su cabeza. Lo que prueba que las mujeres siempre se siguen perdiendo, no diremos, como ellas mismas, por ser demasiado *tontas*, sino por ser demasiado *buenas*.

No leáis este libro, pobres hijas de Eva, si no queréis ser engañadas por la magia de su estilo, como la buena de vuestra madre por la astucia de la serpiente; venid conmigo, y en compañía del autor, hábil piloto, que sabe

© Biblioteca Nacional de España

bordear tan perfectamente las simas y bajíos del océano del amor, daremos la vuelta juntos alrededor del mundo moral de las mujeres. Porque no sé si habrá llegado á vuestra noticia que, desde que Dios vino al mundo, las mujeres tienen también su mundo moral como nosotros.

Yo no sé si vosotras opinaréis de otro modo; pero á mi parecer, el autor de este libro es un amigo pérfido, que contándonos la belleza de vuestros defectos, nos cuenta vuestros defectos bellos. Este anatómico implacable ocupa en vuestra disección todos sus cinco sentidos, y lo hace con tanta intensidad, que parece como que siente no tener más sentidos para disecaros más. Así es que con la *vista* mide vuestra extensión con la exactitud de un agrimensor; y en honor de la verdad, forzoso es confesar que, por regla general, se conoce que os encuentra, ó por lo menos os retrata, bastante bien proporcionadas: con el *tacto*, diríamos que examina los grados de vuestra morbidez con una detención deliciosa: con el *oído*, estudia las inflexiones de vuestra voz, con el mismo deliquio que si fuese un músico

© Biblioteca Nacional de España

viejo y verde: con el *olfato*, no diré que os huele, pero sí que ventea la esencia de las flores de vuestros tocados desde una distancia grande, que cualquiera juzgaría que su pensamiento está adornado de membrana pituitaria: con el *gusto*, en fin, no os aseguraré yo que os pruebe como un cocinero; pero frecuentemente cuando os describe dice el lector extasiado:—«Esta debe saber á almíbar.»

Por éstas y otras razones que me callo, yo soy de opinión que este libro delicioso es un libro digno de ser quemado. Venid, pues, todas las mujeres, en cuyas aras he rendido un culto más ó menos apasionado; venid, y haremos en honor vuestro un *auto de fe* con este libro, que yo juzgo un *heresiarca* del culto del amor. ¡Bien venidas, mis queridas A. B. C. D.! ¡Cuánto tiempo hace que no os había visto! Yo os llamaba creyendo que estábais todavía lindas, como hace veinte años. Pero ¡ay! francamente, ¡á algunas os encuentro tan flacas! ¡á otras tan gordas! que yo creí que con vosotras hubiera formado una colección de Willis, y... ¡perdonad! pero me parecéis el coro de las brujas de *Macbeth*. Pero aguardad, no os

© Biblioteca Nacional de España

vayáis: para suprimir el tiempo, ese eterno enemigo de vuestra belleza, evocaré también las sombras de E. F. G. H., ¡esas pobres amadas que ya han muerto, y que, como ya han muerto, siempre son en mi pensamiento las eternas hijas de las rosas y nietas de los jazmines! ¡Bien venidas seáis, lo mismo las viejas que habéis sido jóvenes, que las jóvenes á quienes la muerte no ha permitido que llegáseis á viejas!

Formad corro en torno mío, pues en holocausto al amor que os he profesado, ó que al menos he creído profesaros, voy á pegar fuego en esta hoguera al LIBRO DE LA MUJER, de Don Severo Catalina, un catedrático de hebreo, tan precoz conocedor, crítica y filosóficamente, de todas las que sois hebreas y de las que no lo sois, que habiendo llegado apenas á los veintiséis años, en el primer libro que ha escrito, ya no sólo os pinta como sois, sino como suele decirse que sois. ¡Qué horror!...

¡Al fuego! ¡al fuego! Si esto escribe de vosotras á los veintiséis años, ¿qué no será capaz de escribir á los cincuenta?...

Empecemos nuestro viaje, ó, lo que es lo mismo, comencemos nuestro calvario.

© Biblioteca Nacional de España

Después de decirnos en la *Introducción*, como de paso, que la mujer no es nada, pasa en el capítulo de LA EDUCACIÓN á decirnos que puede serlo todo.—«Tiene mucha razón un gran poeta filósofo de nuestros días (¡gracias, Sr. Catalina!), cuando dice que la educación es una verdadera transfiguración, un *organismo científico* con que se modifica, y á veces se suple, el organismo de la naturaleza.»—Gracias, vuelvo á repetir; pero yo, que no quiero dejarme corromper por vuestras lisonjas, debo decir, en defensa de las pobres mujeres, que concediéndolo todo á la educación, os exponéis á colocarlas en la misma condición en que están las monas que adiestran los piamonteses.—Y además decía:—«Que la niña aprende á disimular, y enseña más tarde á la mujer á *engañar*.»—¡Qué horribles verdades! ¿Pero es para eso para lo que preconizáis la educación? Y añadís: «Que la mujer es un sér indefinible, porque es un sér ineducado.» ¡Ah! ¡traidor! ¡Es un sér *ineducado*, ó lo creéis más bien un sér *ineducable?*

¡Al fuego, Leonor, al fuego! No vaciles en quemar un libro en que se llama grande á

© Biblioteca Nacional de España

Shakspeare, á un autor inglés que dice: «Que la mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.»—Lo que el libro del Sr. Catalina debiera decirnos para no ser quemable, es—«cuándo no lo guisa el diablo;»—pero no nos lo dice, sin duda porque cree, como el inglés, que no deja de guisarlo *nunca*, y así es que añade, de conformidad con otro autor:—«Que el orgullo nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.»—Quema, Leonor, quema sin piedad; porque eso sin duda lo dice por tí. ¿Te acuerdas?...

Si no estuviera tan de prisa como ya he indicado al principio, me detendría un poco en el párrafo de la constancia. Pero ¿quién se detiene ni siquiera un poco con semejante bicoca? ¡La constancia! ¡la constancia! Nuestro autor, con una práctica digna de un consumado matemático, acepta la reducción de la constancia á un cálculo numérico, que daría envidia al economista Malthus:—«La mujer que os ama, y de la cual os alejáis, contará al principio por minutos el tiempo de vuestra separación; si le escribís, comenzará pronto á

© Biblioteca Nacional de España

contarlo por días; un poco más tarde lo contará por semanas; luego por años, luego... no lo contará: terminará la cuenta por el *cero* del olvido.»—¿Es decir, que para asegurarse bien de la fidelidad de una mujer, es menester tenerla como una plaza enemiga, ocupada siempre militarmente?—«A los tres meses de ausencia prescribe la fe jurada.»—¡Demasiado lo sabía yo! Esto es, ¡demasiado lo sabemos todos!

¡Leña al fuego, Mercedes; leña al fuego! Pues en el capítulo de EL AMOR, esa otra bicoca sublime, oid lo que el Sr. Catalina dice, si es que tenéis valor para escucharlo:

«Es fijo (¡y tan fijo!): las mujeres que más blasonan de invulnerables á los tiros del amor, se parecen á los niños, que cuando andan solos y de noche, *cantan de miedo*.»—¡A cuántas he oído yo cantar de miedo! Yo creo que no he dejado de oir cantar á ninguna. ¡Hasta recuerdo que yo también he cantado algunas veces un poquito!...

«Conviene, añade, que las mujeres amen mucho, pero honestamente, y escriban poco, pero de tarde en tarde.»—Más claro: conviene

© Biblioteca Nacional de España

que no améis ni escribáis. Nos conviene que seáis unas máquinas, que por medio de una virtud magnética no os mováis más que á impulso de nuestro libre albedrío. Nos conviene, según las palabras citadas, que seáis unas pobres ánforas vacías de ese celeste licor llamado el espíritu.

¡Leña al fuego, Isabel, ¡ay! leña al fuego! Pues hablando de El Matrimonio, de esa única ocupación de vuestra vida, copia de otro autor, con una sonrisa que da ganas de llorar:

«El matrimonio es de todas las cosas serias la más divertida.» ¡Ah bribón de autor! Como alguna de ellas te coja en sus redes, ya te hará pagar cara la diversión. ¿No es verdad, Isabelita? Yo no quisiera calumniar los pensamientos del Sr. Catalina; pero, después de leído el capítulo de El Matrimonio, se me ha ocurrido, no sé por qué, este problema histórico: «Si Tarquino hubiera sido un caballero particular, de esos que las mujeres llaman una buena figura, y en cuya discreción confían absolutamente, ¿hubiera Lucrecia sido tan fiel?...»

¡Soplad, soplad todas á esa hoguera! pues ese libro es la historia de vuestros extravíos y

© Biblioteca Nacional de España

de vuestras ridiculeces. Su autor os persigue á todas partes para hacer vuestra autopsia con una galantería muy pérfida y con un escalpelo muy fino. Desde el capítulo titulado Los Extravíos, donde si no lo adopta, tiene el valor de copiar el axioma de que—«la *debilidad* (no es ésta la palabra) es un mal necesario,» pasa al de Los Espectáculos, donde á la luz de mil bujías se constituye en el Fígaro de los dramas interesantes—«no anunciados en el cartel;»—y después de revelarnos lo que decía una noche cierta dama,—«voy á *desnudarme* para ir á un baile,» concluye dándonos, á nombre de otro, la agradable noticia de que el bastonero de los bailes es...—¿quién dirán ustedes?—¡Satanás!

Es ya manía vulgar de todos los escritores la de sacar á bailar al diablo cuando se habla de las mujeres. Yo no me acuerdo del diablo; pero después de leer los párrafos relativos al baile y los espectáculos, me hago, sin querer, la siguiente reflexión:—«¿Por qué el mal (no digo el diablo) tomará tan frecuentemente la forma de mujer?...»

¡Quemad todas, seguid quemando! Porque

© Biblioteca Nacional de España

después de echaros en cara en el capítulo de LA MODA, con un sarcasmo que os hará estremecer las carnes,—«que la virtud es la única moda que nunca ha de envejecer,»—penetra en las *tertulias* ese *bolsín del amor*, donde el que no gana el amor por *sus puños*, cotiza las pasiones en aquel establecimiento medio á obscuras, á cambio, no de moneda, sino de papel mojado. Este capítulo, lleno de color local subido, propio sólo de un país donde ha prevalecido en varias clases sociales cierta influencia monacal, tiene un no sé qué de positivo, de material, de casi pútrido, que, aunque admira el cuadro por la exactitud del dibujo, causa náuseas por la verdad del asunto. Y en el fondo del asunto también hay alguna exageración, pues así como no hay ninguna mujer que sea platónica toda su vida, no hay ninguna tampoco que deje de entregarse al platonismo á ratos perdidos.

Y luego... ¡quemad! ¡seguid quemando! porque voy á hacer volar la mina. Y luego... no vuelve á hablar de Satanás, no; habla de otra cosa peor: ¡habla de vuestra *edad!*

¡Vuestra edad! Misterio más insondable que

© Biblioteca Nacional de España

vuestro mismo corazón.—«Apenas, dice, existen mujeres de *cuarenta* ni de *cincuenta* años.» Es cierto: la que más dice que tiene treinta.

¡Fuego! ¡fuego! Pues de ese infernal capítulo de La Edad se puede deducir lo siguiente: Preguntad á una mujer los años que tiene, añadid la pequeñez de mil años á los que ella os confiese, y esa es su edad infaliblemente.

Dejemos la cuestión de vuestra edad, esa cuadratura del círculo de vuestra vida, y pasando por alto el capítulo de La Curiosidad, que nuestro autor compendió de este modo:—«La historia de la curiosidad es la historia de la mujer,» dando á entender que no hay mujer posible que no sea una posible Eva, continuemos con el de La Frivolidad, esa arma la más seria y la más temible de las mujeres, que resume en este párrafo:—«Los hombres meditan muchas veces frívolamente, y hablan con la mayor gravedad; las mujeres muchas veces meditan gravemente, y hablan con la frivolidad más insigne.»

Y acabemos, por fin, porque ya me duele el alma de oir hablar mal de vosotras.

Llega el capítulo de El Estudio, en el cual

© Biblioteca Nacional de España

el autor concede á la mujer (¡oid, que ya os concede alguna cosa!) nada menos que las tres potencias del alma, que parece que hasta os las había puesto en problema: la memoria, el entendimiento y la voluntad. ¡Gracias á Dios que os concede algo! Pero es tan poco que...

¡Fuego! ¡fuego!

¡Mas, no! Yo, á pesar de mi cualidad de filósofo personalista, y que, por consiguiente, debo ser poco apasionado de las semi-personalidades, en lo cual estoy de acuerdo con la reina Cristina, que decía: —«Me gustan los hombres, no tanto porque son hombres, cuanto porque no son mujeres,» no puedo ver correr las llamas impasiblemente para devorar páginas que parecen escritas por Juana de Arco, por aquella heroína que pedía á Dios en sus oraciones «¡un gran corazón y nobles pensamientos!»

¡Alto el fuego, queridas quemadoras de mi corazón, si no queréis ver arder entre páginas que os calumnian, renglones que os divinizan! ¡Alto el fuego! Pues yo, por más que, como Sócrates, tema más al amor de una mujer que al odio de cien hombres, no puedo ver arder

© Biblioteca Nacional de España

indiferentemente ese capítulo de LA POBREZA, que tan bien describe así nuestro siglo: «Al hablar de la mujer, preguntaban nuestros abuelos:—¿es honrada?»—«Nuestros padres solían ya preguntar:—¿es hermosa?»—«Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente:—¿es rica?»—¿No es verdad que esta sátira del siglo es muy corta, pero muy buena?

Pues si entráis en los capítulos de LA PROFESIÓN RELIGIOSA y LA HERMANA DE LA CARIDAD, de seguro no salís sin rezar antes de agradecimiento dos Ave Marías y una Salve por el alma del bendito autor, que os llama dichosas «al penetrar en el alcázar de la castidad, de la pobreza y de la oración.»—En esos lugares de abstinencia, de sacrificios y de abnegación, os pinta el Sr. Catalina como si fuéseis unos Napoleones con faldas; pero, en su concepto, sois más valientes que Napoleón, pues éste sólo vivía en los países en que había gente que matar, y vosotras, según el autor,—«vivís en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir.» —Napoleón adquiría laureles á cargas: para las mujeres—«no hay en la tierra premio para

© Biblioteca Nacional de España

sus beneficios, ni corona para su heroísmo.»
—Jamás podréis pagar al Sr. Catalina el honor de haberos hecho más grandes que Napoleón, sin más trabajo material, á los ojos del vulgo, que confeccionar compotas, hacer puntillas y dar tazas de caldo á los enfermos.

Pero, sobre todo, ¡alto el fuego, y fuera sombreros, ó, por mejor decir, fuera capotas! Voy á hablar del capítulo de La Maternidad; de esa gota de agua de un Jordán que bastaría para purificar todos los defectos de todos los libros del mundo.—«El sér que vilipendiáis, dice el autor, ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.» Yo no he hablado nunca mal de las mujeres; pero si lo hubiera hecho alguna vez, al leer esto no tendría inconveniente en ponerme de rodillas y exclamar con contrición verdadera:—«¡Perdón!»—Sigue el Sr. Catalina:—«¡Detractores sistemáticos del que llamáis sexo débil, recordad que habéis tenido madre, ó que la tenéis todavía!»
—Repito que yo nunca he hablado mal de las mujeres, y que si lo hubiese hecho alguna vez, al leer esto otro me prosternaría de hinojos gritando:—«¡Perdón! ¡perdón!...»

© Biblioteca Nacional de España

—«Los que al nombre y á la memoria de madre no sintáis latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!» Sí, sí, que se aparten, que se alejen; y además de apartarse y alejarse, ¡malditos sean por todos los siglos de los siglos!

Cuerpos de A. B. C. D., que aún estáis vivas, y vosotras, sombras de E. F. G. H., que ya estáis muertas: me arrepiento de haberos propuesto el auto de fe de un libro que contiene un capítulo como el de La Maternidad, y, en consecuencia, os conjuro á que, como el antiguo romano, tendáis la mano al brasero, y, sin miedo de quemaros, salvéis de la destrucción un libro cuya pérdida lloraría la posteridad.

Quiero que admire el porvenir un Scévola con guardapiés. La que se sienta fiel, que tienda la primera la mano. ¡Animo, antiguos pedazos de mi corazón! ¡No temáis: la fidelidad es incombustible! ¡Animo, pues! ¿No hay ninguna de vosotras que tenga la confianza de su incombustibilidad? ¿Teméis acaso todas quemaros los dedos? ¡Cobardes! Conozco la razón de tanto miedo; mas lo callo en obsequio vuestro.

© Biblioteca Nacional de España

Pero, ahora que caigo en ello, nuestra obra de destrucción es completamente inútil, porque... ¡Mirad! ¡mirad! Por entre los claros que deja el humo que levanta la combustión de su obra, se percibe la cara del autor con una sonrisa sarcástica burlándose del impotente despecho que nos ha convertido en los inquisidores de su espíritu.

¡Por vida de nuestro amor, y cómo ciega!

Hasta que he visto la risa incisiva del autor, no había caído en que es inútil que quememos el libro del Sr. Catalina, pues no es más que una copia sacada al daguerreotipo del precioso original que, ó no ha de haber hombres en el mundo, ó vivirá eternamente.—Que ¿cuál es el original del libro del Sr. Catalina?—¡El original, almas mías, sois *vosotras mismas!...*

¿Queréis que quememos el original para que, no pudiendo sacar más copias, no se puedan escribir más libros contra vosotras?...

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Madrid 1.° de enero de 1858.

© Biblioteca Nacional de España